

Pedro Henríquez Ureña y los Estados Unidos

I

En la mayoría de los estudios dedicados a la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), sólo se ha considerado su labor de filólogo, lingüista, crítico e historiador de la literatura y la cultura americanas, mientras que apenas se ha indagado en sus relaciones con los Estados Unidos.

Además de la antología de los artículos periodísticos que publicó durante su segunda residencia en aquel país (1914-1921), compilada por el Profesor Alfredo A. Roggiano y del estudio que éste puso como prólogo a la misma, con un análisis de los viajes y trabajos en los Estados Unidos, muy poco es lo que se ha escrito sobre el particular.¹ No faltan notas y comentarios sobre dichos viajes y sus opiniones de la vida y el pensamiento norteamericanos, pero lo que se echa en falta es una consideración global del tema que tenga en cuenta tanto los aspectos literarios como los políticos y sociales.

Esta ausencia es llamativa porque los Estados Unidos tuvieron una importancia decisiva en la formación intelectual y profesional de Henríquez Ureña. Sus viajes y residencias en aquel país pertenecen a etapas de gran significación en su biografía personal y sus ideas acerca de las letras, el pensamiento, la vida y la política de los Estados Unidos forman un núcleo importante dentro de la economía total de su obra. El tema exige, pues, una dilucidación que ponga de relieve su importancia para un juicio integral sobre la personalidad y la obra del gran humanista dominicano.

Nos proponemos contribuir a este estudio con la consideración de sus viajes a los Estados Unidos, los trabajos que llevó a cabo sobre temas norteamericanos, sus ideas sobre la vida y la sociedad de aquel país y, en particular, su actitud frente a la política internacional, ya que debió enfrentar uno de los aspectos más negativos de la misma: la invasión e intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana entre 1916 y 1930, como parte de una acción general en toda la América hispánica que cubre un largo trecho de la historia de las relaciones interamericanas.

Examinaremos, pues, el tema con el fin de trazar un esbozo interpretativo de este aspecto de su pensamiento, como una contribución al estudio de la personalidad y la obra del ilustre escritor hispanoamericano, tan estrechamente vinculado a la vida cultural y científica argentina.

¹ Cfr. Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, (México: State University of Iowa; 1961); *Pedro Henríquez Ureña*, Desde Washington. Compilación e introducción de Minerva Salado, (La Habana: Casa de las Américas, 1975); Soledad Alvarez, *La magna patria de Pedro Henríquez Ureña*, (Santo Domingo: Colección Ensayo n.º 3, 1981).

II

Pedro Henríquez Ureña llegó por primera vez a los Estados Unidos en 1901, con los prejuicios derivados de la crítica antinorteamericana bebidos en el *Ariel*, de José Enrique Rodó, pero luego de superar la primera impresión causada por muchos aspectos de la vida cotidiana, logró incorporarse al mundo de Nueva York, lugar de su residencia.

De esta etapa de su experiencia norteamericana, cabe señalar lo que corresponde a su formación cultural. Perfeccionó el inglés, que llegó a dominar completamente y se entregó a disfrutar de la actividad teatral y musical de la ciudad. Continuó con las colaboraciones literarias en los periódicos de su patria, tarea que había iniciado desde muy joven, con artículos y crónicas originales y traducidos del inglés, mientras proseguía con su educación literaria incorporando obras y autores de todos los países.

Pero lo que produjo en él mayor impresión fueron las funciones teatrales, de ópera y los conciertos de música clásica. Conservaba un archivo detallado de las obras que había visto, con referencias de los autores y directores más importantes de Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Asistió a representaciones de teatro clásicos y moderno: desde Shakespeare y Sheridan hasta Ibsen y George Bernard Shaw, cuya fama comenzaba.

Apasionado por la música, pudo oír conciertos de música de cámara y sinfónica, con los mejores solistas y directores del mundo. El Metropolitan Opera House también le permitió cultivar la afición a la ópera que conservaría toda su vida. Tenía predilección por Wagner, que ejercía tanta atracción sobre él como el teatro de Ibsen. Todo ello sin mengua de su gusto por la ópera italiana, que aprovechó mientras vivió en los Estados Unidos.

Nueva York ofrecía a la curiosidad del joven Henríquez Ureña, infinidad de motivos de atracción cultural. Los museos, por ejemplo, le permitieron conocer las mejores obras de arte universal. Las bibliotecas de la ciudad le facilitaron una lectura copiosa de los libros más diversos. Allí estudió a D'Annunzio, Gorki y Kipling, como representantes de tres razas europeas e hizo sus lecturas de la literatura nórdica, que por entonces cautivaba a europeos y americanos; en especial, de las obras de Georges Brandés (1842-1927), que tendría mucha importancia en la formación de su método histórico.

Asistía a cursos y conferencias que se ofrecían en las universidades, lo cual enriquecía su preparación intelectual y afinaba su sensibilidad artística pero en abril de 1902, su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, decidió abandonar el Ministerio de Relaciones Exteriores que ocupaba en la República Dominicana, lo cual se tradujo en un problema económico para los tres hijos que se hallaban en Estados Unidos: Francisco, Max y Pedro.

Se vieron obligados a buscar trabajo cuando se hubo agotado el dinero que tenían de reserva. Estaban a comienzos de 1903 y Pedro aprendió en tres meses taquigrafía y dactilografía en inglés, además de nociones de contabilidad, con lo cual pudo entrar en un empleo inferior en una casa de comercio. Max, por su parte, se convirtió en pianista de un restaurante...

Los Henríquez Ureña no se amilanaron por la nueva situación, a la cual capearon con muy buen temple. Como escribió luego Pedro, entonces conoció de cerca «la explota-

ción del obrero»; «aquellos fueron días amargos» y cuando dejó su empleo en junio de 1903, salió del mismo «molido de cuerpo y fatigado de espíritu»².

Mientras llegaban de Santo Domingo las noticias de revoluciones y luchas políticas, los hermanos sobrellevaban con ánimo juvenil la nueva bohemia y Pedro supo ganar tiempo para sus aficiones intelectuales y artísticas. Así atravesó el invierno de 1903, con un reumatismo que agravaba la circunstancia que le tocaba vivir: el desempleo, el extrañamiento de su patria y los sinsabores políticos, todo lo cual mejoró cuando el padre regresó a Nueva York y los rescató de tantas penurias. Finalmente y por consejo de él, Pedro y su hermano Francisco pusieron fin a la residencia en los Estados Unidos y se trasladaron a Cuba en marzo de 1904. Henríquez Ureña llevaba con él sus notas y apuntes de estudio, los borradores de innumerables trabajos y un modesto haber de cronista literario en los periódicos dominicanos. Al poco tiempo publicaría en La Habana su primer libro: *Ensayos críticos* (1905).

III

Pedro Henríquez Ureña llegó a México en 1906, tomó parte principal en la renovación ideológica promovida en 1909 por el «Ateneo de la Juventud», junto a José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso y otros y colaboró en los primeros momentos de la Revolución Mexicana de 1910. Pero cuando en 1913 la dictadura del General Victoriano Huerta sumió a México en el desastre y la guerra civil, decidió trasladarse a Cuba, lo que hizo en 1914.

Luego de una breve estancia en La Habana consiguió ser nombrado corresponsal en Washington del diario *El Herald de Cuba*, lo cual permitió su viaje a los Estados Unidos, adonde llegó en 1914. Comenzaba su segunda y más larga residencia en este país.

Todos los días telegrafaba desde Washington a La Habana una información de prensa y un artículo, a lo cual se agregaban otros tres por semana que firmaba con el seudónimo de «E. P. Garduño», pues reservaba su nombre propio sólo para los trabajos que consideraba dignos de su autoría.

Colaboró con este periódico desde noviembre de 1914 hasta marzo de 1915, pero luego decidió dejar Washington y trasladarse a Nueva York, pues conservaba el recuerdo de esta ciudad, que siempre lo atrajo por el espectáculo de su actividad artística, cultural y científica. Abandonó, pues, la corresponsalía de *El Herald de Cuba* y entró en el semanario *Las Novedades*, que se publicaba en castellano en Nueva York, y donde fue recibido con todos los honores.

Desde mayo de 1915 hasta agosto de 1916 vivió en esta ciudad y escribió regularmente en *Las Novedades*. Para los temas políticos conservaba el seudónimo de «E. P. Garduño», pero la obra restante era firmada con su nombre y apellido, sin mencionar el material que aparecía anónimamente.

Su trabajo periodístico en los Estados Unidos entre 1915 y 1916 es importante pero ha quedado al margen de su labor principal de filólogo y crítico literario; sin embargo

² Roggiano, Ob. cit., XXVXXXVI.

revela aspectos de su pensamiento político y contiene notas para su análisis personal de los Estados Unidos, sobre todo, de las relaciones entre este país y el mundo hispanoamericano³.

Sus consideraciones sobre los Estados Unidos tienen un enfoque análogo al de José Martí: elogio de las virtudes éticas y críticas de los excesos del poder, sobre el mismo fondo de la política exterior norteamericana en relación con los problemas hispanoamericanos.

En 1915, su padre, Francisco Henríquez y Carvajal viajó a los Estados Unidos, integrando la misión enviada por el gobierno dominicano para buscar un arreglo al problema de la deuda pública externa, la cual permaneció en este país durante mayo y junio y realizó gestiones que se revelaron como infructuosas.

En abril de 1916 una revolución derrocó al Presidente de la República Dominicana, y el Congreso eligió a Francisco Henríquez y Carvajal, que residía en Cuba y aceptó el nombramiento dada la gravedad de la situación.

Las exigencias de los Estados Unidos eran abusivas y no declinaban. Se negaban a renegociar el Convenio de 1907, que impedía al Gobierno dominicano disponer libremente de las rentas aduaneras. Además, consideraban la falta de pago de la Administración pública —a lo cual se veía obligado el gobierno por falta de dinero—, como otra deuda pública que violaba disposiciones del mencionado Convenio. Para Santo Domingo se trataba, en todo caso, de una simple deuda administrativa.

Por último, el gobierno norteamericano insistía en que se le permitieran adoptar medidas de policía y seguridad que equivalían a la anulación de la soberanía nacional.

Esta operación integraba una política de mayor alcance destinada a ejercer la tutela y facilitar el aprovechamiento de los países de la América hispánica, que tenía precedentes históricos y que conocería desarrollos ulteriores de envergadura aún mayor. Debe agregarse que había estallado la Guerra Mundial (1914-1919) y aunque los Estados Unidos todavía no habían entrado en la contienda, se prevenían de sus peligros y vigilaban la posible expansión alemana en Hispanoamérica.

El presidente Woodrow Wilson y su secretario de Estado, William Jennings Bryan, en sus relaciones con la América hispánica, mezclaban los sueños de un evangelismo democrático universal, la ignorancia y el desdén por la soberanía de países cuya incapacidad para autogobernarse los colocaba fuera del Derecho Internacional, según su criterio.

Como ha escrito Arthur Link, Wilson creía que estos pueblos sólo alcanzarían la madurez democrática a través de generaciones de experiencia y tutelaje:

No creía que los pueblos de la América Latina septentrional hubiesen avanzado más allá de un estadio de infancia política; y suponía que era su responsabilidad y constituía su privilegio enseñar a estos vecinos sin ilustración cómo escribir buenas constituciones y elegir jefes prudentes, aun cuando el empeño pudiera implicar la negación parcial o total de la soberanía de los receptores de semejante ayuda.⁴

³ Cfr. Jorge Tena Reyes, «Vocación periodística de Pedro Henríquez Ureña» *Isla Abierta* (Santo Domingo), 150 (30 jun. 1984), 42-43; Iván A. Schulman, «Desde Washington y con la mira puesta en una teoría socio-cultural americana», *Aula* (Santo Domingo), 24 (ene.-mar. 1978), 63-68.

⁴ Arthur S. Link, *La política de los Estados Unidos en América Latina. Trad. cat.* (México, Fondo de Cultura Económica, 1960), 222-223.